



---

# La acción sobre el mundo exterior: La actividad sensoriomotriz

---

Wallon, H. (1991). La acción sobre el mundo exterior: La actividad sensoriomotriz. En *La vida mental* (pp.129-142). México: Grijalbo.

## IV

### LA ACCIÓN SOBRE EL MUNDO EXTERIOR: LA ACTIVIDAD SENSORIOMOTRIZ<sup>1</sup>

Las primeras gesticulaciones del niño no tienen fijado su objetivo en el mundo exterior, a pesar de haber sido provocadas por estímulos periféricos. Esto es así porque el primer efecto que éstos tienen, al margen de algunos reflejos parciales de defensa, es una acción dinamo-génica que se traduce en contracciones globales y sacudidas del tronco, de los brazos, de las piernas, y luego en espasmos viscerales, respiratorios, y en gritos, cuando la intensidad o la duración de la excitación hacen que ya no pueda evacuarse completamente en movimiento. Esas reacciones adquieren muy rápidamente un significado afectivo, puesto que el simple movimiento es la respuesta a un sentimiento de alegría, el espasmo entraña dolor, si la resolución no es rápida.

De manera que el primer contacto del niño con las cosas es puramente afectivo y las diversas impresiones que experimenta se van añadiendo a sus impresiones orgánicas de frío o de calor, de coacción y de incomodidad postural o de liberación y soltura, las cuales constituyen el tema fundamental de su sensibilidad y de sus reacciones.

Todo acto y toda percepción le están, por otro lado, vedados en la medida que es incapaz de coordinar sus impresiones y sus gestos. Al nacer todavía carece de las coordinaciones fundamentales. Los movimientos de sus globos oculares son más o menos independientes el uno del otro. Los de sus ojos y de su cabeza, necesarios para cualquier exploración, carecen absolutamente de cohesión. No puede er-

1. Estadio sensoriomotor y proyectivo (2), enfocado desde el punto de vista de la «inteligencia de las situaciones» (E. J.).

guir la cabeza ni mantenerla en ninguna dirección. Su primer aprendizaje motor no puede ser más que un aprendizaje de equilibrio y sólo muy gradualmente llega a ser capaz de combinar entre sí los movimientos de sus diferentes segmentos corporales. Desde que puede estirar la nuca hasta que podrá tenerse en pie y caminar, se suceden varias etapas, en el curso de las cuales se desarrollan sus medios de investigación y de acción. Pero deberán transcurrir al menos seis meses hasta que los gestos de sus manos y de sus brazos comiencen a encontrar, sobre su busto, un punto de apoyo suficiente para conjugarse con su mirada en la aprehensión, la manipulación y el examen de las cosas.

## ORGANIZACIÓN Y MOVIMIENTO

### *Actividad y objetivización*

Entre la sensibilidad y el movimiento hay una estrecha subordinación mutua. La sensibilidad, a la que le compete guiar el movimiento, precisa de éste para definirse, especificarse, adquirir una significación objetiva. Mientras no se convierta a sí misma en un motivo y en un tema de actividad, su poder se reduce a captar más o menos confusamente, las reacciones de orden reflejo o afectivo que hayan podido suscitar excitaciones todavía no localizables. Para que sus variaciones puedan ser aisladas, identificadas, reducidas a concomitancias o a condiciones definidas, es preciso que, tras dejar de ser puramente fortuitas y pasivas, hayan podido ser mantenidas, reproducidas, modificadas por el propio sujeto. Hay dos direcciones posibles, o bien, con los reflejos de defensa y las reacciones afectivas, la excitación suscita contracciones que la aumentan y la propagan a través de una especie de extensión difusa y en profundidad; o bien puede producirse lo que Baldwin llamaba una reacción circular, esto es, una adecuación muscular que delimita y precisa esta excitación, determinados gestos orientados hacia su punto de impacto, para verificar su sede y la causa. Ahí está el origen de una actividad discriminativa que tiende a reducir las impresiones orgánicas y subjetivas bajo sistemas sensoriales en relación a la naturaleza de los estímulos, y a sustituir las reacciones afectivas por actos orientados hacia realidades objetivas.

*Sensibilidad orgánica*<sup>2</sup>

Puede parecer bastante paradójico que las primeras sensaciones sobre las que el niño ejerce esa actividad de control y de conocimiento sean precisamente aquellas que deben ser reducidas en el curso de esa evolución, esto es, las sensaciones cuyo objeto es el propio organismo. Pero también son aquellas cuya realidad es, a la vez, la más inmediata y la más concreta al no interponerse ningún circuito entre la excitación y la reacción y al confundirse la impresión con el objeto. Mientras no son reducidas por otras se imponen al niño como la sustancia de su sensibilidad y de su ser. Ellas son las que primeramente le acaparan, las que siguen las variaciones vinculadas a las originarias manifestaciones de su actividad. Ciertamente no pueden exteriorizar por sí mismas su sensibilidad pero acaban constituyendo series cuyos diferentes términos aprende a reproducir y que podrán servir para connotar, progresivamente, otras series, abiertas al mundo exterior.

En el niño normal, la evolución de los primeros meses es tan rápida que los ejercicios a los cuales se prestan sus sensibilidades orgánicas, pueden pasar desapercibidos, puesto que son relativamente fugaces y se entremezclan a toda clase de otras manifestaciones. Pero cuando el desarrollo psíquico se detiene en el nivel que le corresponde —en determinados idiotas— se establecen fijamente, se repiten con una continuidad infatigable y, puesto que no pueden abrirse a circuitos más amplios y progresivos, se presentan a menudo bajo la forma de verdaderos estereotipos.

*Funciones digestivas.* Las funciones digestivas, aunque estén en la primera línea entre las que imprimen ritmo y regulan el comportamiento del niño en su primerísima edad, no suscitan, en apariencia, actividades destinadas a modificar este comportamiento y a implicar a la sensibilidad correspondiente. Ya sabemos el rol que los psicoanalistas atribuyen a las sensaciones orales y anales en el desarrollo psíquico del individuo y qué fijaciones durables pueden acarrear; pero en cuanto a la actividad circular que el tubo digestivo puede producir, cabe encontrar un ejemplo de ello en los eructos voluntarios de ciertos idiotas, en sus regurgitaciones seguidas de rumiación. Algunos niños hacen gala de exclusivismo en la alimentación, cuya sutileza o in-

2. Superposición con el estadio emocional (1) (E. J.).

flexibilidad denotan una discriminación fina y firme de las diferencias alimenticias. La mayoría se comportan como vegetarianos intransigentes, otros tienen aversiones más restringidas: a la leche hervida o sin hervir, a ciertas grasas, etc. Dentro de esta categoría, un buen número de ellos no cesan de olisquear la comida y también los objetos además de las personas.

*Excitaciones laberínticas.* Una sensibilidad que los niños normales experimentan a menudo es la que va unida a las excitaciones laberínticas. De hecho, no hay ninguna sensibilidad directamente relacionada con ellas. Su único efecto consiste en suscitar reflejos viscerales y reflejos de actitud, de donde resultan diversas sensaciones la más conocida de las cuales es el vértigo.

Hay muchos niños que se balancean de delante hacia atrás, cuya cabeza se desplaza de izquierda a derecha sobre la almohada, e inversamente, que giran en círculo o sobre sí mismos. Algunos idiotas pasan horas enteras absortos en la repetición de los mismos gestos, siguiendo una cadencia de variaciones periódicas, ora moderada, ora frenética.

### *Evolución de la sensibilidad al medio*

El interés del niño también puede estar plenamente acaparado por los movimientos que ejecuta bien improvisadamente, bien con minuciosidad y cuyas repentinas sacudidas o las actitudes sucesivas parece aplicarse en reconocer. De este modo logra medir su amplitud y por medio de ellos, la de las cosas y su forma. Finalmente, los contactos que se van produciendo entre dos partes de su cuerpo le causan, en un determinado estadio, una especie de sorpresa y él se empeña en renovarlos.

*Las manos y el contacto.* Pronto sus manos se convierten en su instrumento predilecto para palpase a sí mismo. A través de estas reiteradas indagaciones, y que con frecuencia parecen dirigidas metódicamente, orienta la superficie de su cuerpo hacia la percepción objetiva. Ésta es más tosca y el efecto de las excitaciones se mantiene más afectivo en las regiones donde esos contactos concertados son más difíciles y más raros. En las que, por el contrario, son más frecuentes, cualquier impresión está claramente localizada, delimitada, diferenciada, referida a las cualidades de su causa exterior.

*Los labios y la lengua.* Los labios y la lengua, órganos en los que los movimientos son más ágiles, más precisos y en los que al propio tiempo la sensibilidad es más fina, son en la misma medida el instrumento de conexiones sensoriales que brindarán a la vida mental valiosas posibilidades.

Preyer ha llegado a decir que la lengua es el juguete preferido del niño. Ha calificado de delirio lingual su incesante y diversa agitación. Desde el mismo momento del nacimiento, la recíproca adecuación de las impresiones y las contracciones bucales, posee suficiente perfección como para permitir la succión del seno y la perfecta conducción de la leche hasta su deglución. Muy pronto se convertirá en tema de actividades y de ejercicios, los únicos que alcanza a realizar el lactante, dado que no existe todavía ninguna cohesión entre el resto de sus gestos y sus condiciones o consecuencias sensitivas. De ahí que durante mucho tiempo haga pasar por su boca todo lo que es capaz de asir, puesto que es el único instrumento del que dispone.

*Los sonidos.* Ahora bien, los movimientos cuya sede reside en la boca tienen otros efectos de los que el niño acabará por darse cuenta: son efectos sonoros. A sus diversas coordinaciones perfectamente sistematizadas corresponden sonidos que aprenderá a distinguir constatando su concomitancia con la serie de impresiones cinestésicas. Muy pronto, incluso, la serie auditiva podrá tomar la dirección de sus investigaciones fónicas.

Grammont ha observado que los primeros sonidos que el niño intenta emitir son los que resultan de las contracciones más globales y menos flexibles de la musculatura global, aquellos que más roen la mucosa: los sonidos guturales, el *Krähen* de los alemanes. La aparición de los sonidos dentales, según Guillaume, se produce en el momento de la dentición y vienen provocados por la irritación de las encías. Parece verosímil, en efecto, que el punto de arranque de las diferentes capas de fonemas sea la sensibilidad de los órganos. Aunque su modulación está progresivamente orientada por el oído. Basta oír gorjear a un niño para reconocer que la ley de sucesión de los sonidos es fundamentalmente auditiva y musical. Llega un momento en el que se produce un vuelco total. El niño sólo presta atención a las amplificaciones, a los contrastes, al ritmo de su melodía. Sus sensaciones musculares sólo operan en sordina y se limitan a subrayar, intermitentemente, sus esfuerzos o las dificultades que se impone.

*Adquisiciones fonéticas.* La importancia de ese período para la adquisición del lenguaje ha sido señalada en repetidas ocasiones. Prepara, mucho más allá de lo necesario, el material fonético del que hará uso. Puesto que entre los fonemas que emite el niño con tanta espontaneidad, los hay que no le serán de ninguna utilidad para la lengua que hablará. Acabarán por desaparecer cuando culmine la integración de su actividad vocal en la función del lenguaje. Ahora bien, esa selección presupone la acción ejercida sobre el niño por los sonidos proferidos a su alrededor. Pero esta acción es posterior a la adquisición de todos los que se deben a la influencia recíproca de sus impresiones cinestáticas y auditivas. Es también su mediación que le ha capacitado para discriminar, identificar y percibir los sonidos de procedencia ajena.

En efecto, el nexo entre las dos series, sensitiva y motriz llega a ser tan estrecho que el tránsito puede hacerse en los dos sentidos. Del mismo modo que las contracciones producen el sonido, al sonido responden automáticamente las contracciones. Entonces aparece la ecolalia que procede con mucha anterioridad a la imitación. El poder de la melodía espontánea se transfiere al sonido meramente oído. Todo lo que es pronunciado en el entorno humano del niño tiende a repercutir, sonido a sonido, en su aparato motor, y sólo entonces es cuando parece identificar los sonidos. Si en voz alta sólo prefiere los últimos sonidos que ha oído, aquellos cuya repetición puede acompañar el final de la audición, probablemente es porque la audición inhibe la exteriorización de los que la misma interrumpe. A causa de ese eslabonamiento lineal, la ecolalia contrasta claramente con la imitación puesto que en ésta primero se capta el modelo, y el conjunto precede a las partes. El resultado de ello es que al principiante a menudo le cuesta disociarlas, ordenar su sucesión en el tiempo. Quedan contraídas entre sí, se alteran y pierden la pureza que tenían en la ecolalia.

*Datos visuales.* Entre las impresiones visuales y aquellas que resultan de la acción sobre los objetos circundantes se establecen conexiones similares que también acaban delegando a la vista la dirección habitual de las relaciones con el entorno humano. En la medida que la boca es la única sede de sistemas sensoriomotores bien coordinados, también es el único aparato de investigación. Es lo que W. Stern llama el período del espacio bucal. La serie de las impresiones visuales sólo se organiza en el período siguiente, el del espacio próximo, en el que las manos alcanzan a poseer la habilidad que les

permite dominar sus movimientos para explorar sistemáticamente las cosas. Es tan necesaria esta actividad para dar a las excitaciones visuales una significación objetiva que, en opinión de Stern, durante este período, el niño jamás hará un gesto de aprehensión en dirección a los objetos que quedan fuera de su alcance. Lo que en ocasiones se podría tomar por tal, son gestos de sorpresa, de admiración, de súplica.

Al margen de lo que se piense de esa interpretación, a menudo rebatida, es preciso que el niño haya tenido la posibilidad de suprimir las distancias a través de su propia actividad, que haya barajado las direcciones según el capricho de sus carreras, para que el espacio deje de aparecérsese como una simple sucesión de entornos circundantes y se convierta en un campo unificado en el que los únicos cambios sean de perspectiva y en relación a sus propios movimientos. Entonces el espacio próximo se ordena dentro del espacio locomotor.

Entre los diferentes campos sensoriales que de este modo se va abriendo sucesivamente, es necesario que la actividad del sujeto realice el tipo de continuidad y de equivalencia que le permitirá, de proseguir en ella, sus objetivos. Gordon Holmes cita el caso de un enfermo que perdió la noción de seguir un objeto con la vista a menos que éste fuera su propio dedo. Es decir que en él se operó una regresión al estado en el que la sucesión de los actos visuales se halla bajo la exclusiva dependencia de la actividad motriz. También en el hombre normal puede observarse a veces una regresión parecida, como por ejemplo, cuando sigue con el dedo caracteres que le cuesta mucho descifrar. Ahora bien, la vista no puede independizarse de sus investigaciones sino es a condición de romper esa dependencia. Para hacerse seguir por ella, el propio objeto, en cierto modo, debe substraerse a la actividad inmediata del sujeto. Y sólo puede hacerlo convirtiéndose en un centro de asociaciones intersensoriales que le confieran una especie de polivalencia. En ningún momento debe pertenecer en exclusiva a una serie. Es preciso que tenga virtualmente abiertos todos los campos sensoriales y que haciendo que se expresen entre sí en forma de símbolos, puede en todo instante mantenerse actual y constante a través de su eventual paso de uno a otro.

### *Integración de los datos sensoriales*

En esa exteriorización del objeto en relación al sujeto, la vista juega un papel importante puesto que, entre todas las impresiones, las suyas son las más exentas de esa penetración por la actividad propia del sujeto que consiste en la impresión de esfuerzo muscular. Pero su papel se reduce a proporcionar la moneda de esos intercambios intersensoriales, puesto que lo esencial son ellos. Así parecen confirmarlo las lesiones que presentaba el enfermo de Gordon Holmes. Afectaban, en los dos hemisferios, a la región del pliego-curvo, en el espacio intermedio entre las diferentes zonas sensoriales de la corteza cerebral, donde se elaboran las estructuras relativas al conocimiento de los objetos.

Este conocimiento presupone que entre todos los modos de experimentar sensorialmente la realidad, la división en compartimentos ha desaparecido. Aunque le superpone un poder que es algo más que su simple adición. Es una función que integra los datos sensoriales y los utiliza, sin confundirse con ellos.

## ACCIÓN SOBRE EL MUNDO EXTERIOR

La actividad sensoriomotriz, que es al propio tiempo acción sobre el mundo exterior, se desarrolla en dos sentidos inversos, aunque en cierta medida complementarios. Son, por un lado, el automatismo y, por otro lado, la invención de conductas adecuadas ante situaciones nuevas.

### EL AUTOMATISMO

#### *Electividad progresiva*

El automatismo no es en ningún caso el repertorio de operaciones mecanizadas que a menudo se imagina. Sin ductibilidad para adaptarse a las circunstancias perpetuamente cambiantes de lo real, un automatismo sería inoperante o catastrófico. Adquirir un automatismo no

es encadenar en un orden invariable gestos seleccionados de una vez por todas. En cierto sentido, es hacer exactamente lo contrario. Es anular bloques preexistentes de movimientos con objeto de hacer uso exclusivamente de las combinaciones requeridas por la acción en curso de ejecución. Puesto que el aparato muscular no es algo así como un teclado capaz de producir, de buenas a primeras, todos los acordes posibles. Consiste en sistemas de movimientos, los más primitivos, de los cuales son los más masivos. A las acciones más primitivas contribuye la musculatura en su conjunto.

Sólo mediante una mayor capacidad de elección en el juego de los músculos llegan a ser posibles acciones más especializadas. Las sinceñas deben ser disociadas, los gestos superfluos o molestos inhibidos. Tanto si los automatismos son naturales, caso de la marcha o la aprehensión, como si responden a técnicas aprendidas, caso de la danza, la escritura, la interpretación del pianista, su agilidad siempre va unida a la capacidad de suprimir todas las contracciones parasitarias.

Esa exacta adaptación del automatismo, sin embargo, también se halla condicionada por el hecho de que debe efectuarse, digamos, a contrapelo del individuo. Buena prueba de ello es el aprendizaje de un automatismo artificial.

Previamente es preciso hacerse exhibir el gesto que se va a ejecutar: imagen visual. Luego uno mismo debe adoptar las actitudes indicadas: control de la imagen visual frente a las impresiones de postura o cineséticas. A continuación resolver esas impresiones en representaciones más íntimas, más dinámicas, donde intervienen comparaciones, diversas asimilaciones de sí mismo con modelos imaginarios. Finalmente todo ello se funde en un limpio sentimiento de continuidad, de soltura o de tensión. Ahora bien, el automatismo sólo se siente seguro en la medida que escapa a la vigilancia del individuo y se mantiene en una especie de anonimato en el acto que se está ejecutando; por ejemplo, el movimiento de los dedos sobre las teclas cuando el pianista fija su mirada en la partitura.

Si por el contrario, al que sube las escaleras o al pianista les invade la fantasía de imaginar el contacto de sus pies con los soldados o de sus dedos con las teclas, puede ocurrir que el automatismo falle. De modo que el automatismo presupone la eliminación de las imágenes que le someten a examen.

*Fusión con el instrumento*

Simultáneamente se opera otra eliminación, la de los límites que contraponen el mundo exterior al individuo. Aunque nos parezcan evidentes y necesarias, de hecho, son una adquisición de la conciencia, que no se hizo de un día para otro, implicando también excepciones y regresiones. Lo que en realidad renace en el automatismo es esa intuición primigenia de la acción que precede a nuestros sistemas de representación y que sólo se detiene ante el obstáculo, o que más bien parece comunicar con él en una especie de equilibrio dinámico de peripecias variables. De manera que la superficie del cuerpo se halla penetrada por el esfuerzo desplegado. El campo de fuerzas en el que opera prolonga al individuo. El automatismo se asimila los instrumentos de los que hace uso. La sensación de una resistencia en el extremo superior del bastón, no se percibe en la mano. El pianista, en el momento de tocar, incorpora, por así decir, el piano a su propia persona, de modo que el instrumento no ofrece a sus dedos la resistencia de un cuerpo extraño. A través del automatismo el individuo se confunde con las cosas sobre las que opera.

## CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO EXTERIOR

De esta forma de actividad se desprende otra que tenderá, contrariamente, a resolver la indivisión inicial entre sujeto y objeto. Su desarrollo es lento e inseguro. Sus etapas pueden reconocerse en el niño. Según la dificultad de los problemas, se escalonan entre los cuatro y los diez años, a veces rebasan ese tope.

En sus observaciones sobre el comportamiento de los monos antropoides puestos en presencia de una presa a la que no podían alcanzar sin recurrir a rodeos o a combinaciones instrumentales, Koehler constata que el equilibrio de sus construcciones depende de su propio equilibrio, del que ellos mismos son un elemento constitutivo a través de la justa distribución de su peso o de la destreza de sus movimientos. Paralelamente, André Rey escribe: «En el estadio más primitivo, vemos al niño mezclarse orgánicamente en su construcción, en la medida que en cierto modo su mano forma parte del edificio». Sus experiencias sobre el niño, que son una prolongación de las de Koehler sobre el mono, permiten establecer a través de qué gradación

y de qué condiciones la acción llega a disociarse completamente de sus realizaciones.

### *Participación en el objeto*

La reacción en presencia de un objeto codiciado, al principio es, cualesquiera que sean los obstáculos, un intento global y directo de apropiarse de ese objeto o de suprimir esos obstáculos. El niño no puede reprimir sus gestos de prensión, ni siquiera cuando se halla separado del objeto por un espejo. Al no poder moverlo a veces se mueve él mismo en la dirección en la que quisiera verlo venir, mediante un gesto en el que más que un símbolo debe verse una participación. Si consigue moverlo, tira de él hacia sí mismo, sin tener en cuenta los obstáculos que inevitablemente lo detendrán. Si lo único que puede hacer es moverlo de cualquier forma, sin lograr hacerlo avanzar, de todos modos persiste en su empeño. No puede inhibir la agitación provocada por el avistamiento del señuelo, incluso si éste es inútil e inapropiado.

A un nivel algo más elevado, parece como si el niño creyera en la posibilidad de traspasar sus intenciones a las cosas a través de sus gestos o, al menos, de introducir en las cosas una propiedad que es el efecto del propio gesto. Lo que debe caer cuando lo suelte, al carecer de punto de apoyo, lo mantiene en su sitio, como si esa inmovilidad debiera convertirse en cualidad absoluta del objeto; o bien ejerce una presión muy fuerte, como si el contacto que asegura pudiera apropiarse definitivamente el efecto de esta presión; repite con una velocidad acelerada el gesto de quitar, como si en la velocidad hubiera un poder de atracción comunicable al objeto. De modo que parece haber preservado un sentimiento de participación con las cosas sobre las que ejerce su acción.

### *Transferencia al objeto de la actividad del sujeto*

Cuando las cosas comienzan a oponerle la resistencia de su individualidad, sigue, no obstante, transfiriendo a esas individualidades el sentimiento que posee de su propia actividad. La fuerza que les aplica, la imagina desigualmente distribuida según la imagen subjetiva que se hace de sus efectos. En una cadena de regletas que transmiten el movimiento de una lámina de metal a otra, el niño supone que el

empuje es más intenso en la primera y en la última, es decir, en la que recibe el impulso y en la que choca contra el obstáculo; o bien que decrece de la primera a la última del mismo modo que un golpe pierde su vigor a medida que se relaja en el espacio; o, más raramente en fin, que aumenta hasta la última, del mismo modo que en una multitud están más apiñados quienes se hallan contra el obstáculo. En efecto, sólo sabe representárselas aisladamente, sin referirlas al conjunto, al campo de fuerza en su totalidad. Ocurre que todavía no posee una intuición suficientemente clara de las relaciones espaciales, al carecer de ella, no es capaz de desprender las cosas de sí mismo.

Sus errores son flagrantes. Para alcanzar un objeto demasiado alto subirá a una silla muy alejada de él. Si quiere hacer un puente coloca la tablilla que debe servir de madero, entre los dos postes y no encima de ellos. Si se propone asir un objeto del fondo de una vasija, confecciona una pinza con un alambre, pero lo que introducirá entre los brazos de su pinza será el borde de la vasija. Va moviendo su regleta sobre un espejo, creyendo poder empujar un objeto situado debajo.

A menudo se dedica a poner dos objetos en contacto, aunque con la ilusión de que cualquier contacto establece entre ellos una absoluta solidaridad. Coloca una y otra vez su gancho contra el aro del objeto que pretende asir y tira de él como si el objeto debiera seguir. Para mantener en posición vertical una lámina se limita a introducir su regleta debajo. Comprendiendo que debe utilizar su regleta para comunicar el movimiento de una lámina a otra, a pesar de su separación, en lugar de interponerla entre ambas, la coloca al lado o debajo. Disponiendo de una paleta, móvil en un solo sentido, para conducir el objeto, lo coloca bien pegado a la paleta, a menudo, sin embargo, de tal manera que la paleta en movimiento lo único que puede hacer es alejarse de él. El contacto para él tiene una especie de valor absoluto. Lo aísla en el espacio. No sabe imaginarlo en sus relaciones con las direcciones del espacio y las líneas de fuerza que a ellas pueden corresponder.

### *La acción no integrada al espacio*

A esa impotencia va unida la de imaginar las condiciones, los efectos, la trayectoria de un movimiento.

Todo le parece posible. Habla de transportar tras el objeto que se quiere conducir la paleta que no se puede mover en esa dirección, e incluso de desplazar la apertura a través de la cual el objeto podría ser extraído.

Cree que una lámina dispuesta a modo de balanza caerá de los dos lados si se la deslastra de uno de los pesos que la mantienen en equilibrio. A menudo esboza su movimiento en la dirección opuesta al objetivo. Mete su gancho en el aro donde se halla el objeto que debe ser enganchado por el lado contrario al curvado. Su modo de actuar recuerda a veces la de los afásicos en los que Van Woerkom ha observado graves insuficiencias en la intuición y la utilización del espacio. Igual que ellos, no es capaz de imaginar una posición o un trayecto separado del perímetro que delimita la extensión en la que él opera o de lo que ya se encuentra situado en el perímetro. Si ha de hacer uso de un hilo para tirar de un objeto colocado en una jaula, hará pasar de barrotes en barrotes, en lugar de orientar directamente uno de sus cabos hacia la apertura de la jaula. Si debe señalar la posición que tomará el objeto colocado en el extremo de una varilla que se mueve alrededor de un quicio, lo que indicará es la longitud de la varilla en la dirección del quicio.

La acción, desintegrada del espacio, adquiere un valor absoluto. El efecto esperado se producirá en el punto donde se ejerce, sea de la naturaleza que sea. El fiel de la balanza se inclinará hacia el lado donde se ha hecho algo, incluso si ello consiste en quitar lastre al extremo. Si, por el contrario, se trata de equilibrio, el efecto debe obtenerse en el punto donde se hubiere colocado la carga. Un sistema desigualmente cargado se mantiene en equilibrio mediante un hilo al que simétricamente corresponde otro hilo inútil: la caída se producirá al cortarse uno cualquiera de los hilos. Siempre que el niño provoca un movimiento está convencido de que se producirá el resultado. A veces ejecuta un acto incoherente del que cree depende el éxito de su empresa. En la medida que tiene menos aptitud para representarse las relaciones de las cosas, en el espacio, su actividad se va haciendo cada vez más intencional y subjetiva.

### *Dimensiones y orientaciones en el espacio*

Incluso lo que nos parece ser de percepción evidente e inmediata, como por ejemplo las dimensiones de las cosas, es totalmente incierto para el niño.

Cambia una banqueta, de por sí baja, por otra todavía más baja, una varilla demasiado corta por otra de la misma longitud o más corta. Intenta introducir en el aro ganchos de radio excesivo. No se da cuenta de que la barra que coge para equilibrar otra tiene el doble de longitud y por lo

tanto de peso. Otras veces sustituye la silla, desde la que no podía alcanzar un objeto demasiado alto, por un banco más largo pero más bajo, como si de él sólo tuviera una visión global, como si no fuera capaz de distinguir entre las diversas dimensiones de una cosa, como si no supiera orientarlas según los diferentes planos del espacio. También ocurre que la percepción global de la dimensión hace que le pase desapercibida la estructura del instrumento del que quisiera hacer uso: levanta una gran tabla bajo el objeto que quiere asir y sólo entonces se da cuenta que es imposible escalarla. Incluso si advierte que a su bastón le falta longitud, el intento que hace para juntarle otro es vano porque los tiene cogidos en su mano, bien por los extremos, lo que no aumenta su longitud útil, bien incluso en haz. La idea del simple agrupamiento sustituye de este modo a la longitud. Es lo mismo que se observa cuando habiendo advertido que es posible trasladar una lámina con la ayuda de otra interponiendo regletas se limita a amontonarlas unas sobre otras sin preocuparse de llenar el hueco.

Parece como si sólo supiera enlazar unos objetos con otros al carecer de una intuición mental del espacio que le permitiría distribuirlos y ajustarlos según las direcciones que exige la finalidad de su actividad. Esa capacidad de imaginar el espacio también la necesitaría para poder ordenar entre sí las dimensiones de las cosas, para desplegar los conjuntos y representarse su estructura. Necesita un modelo íntimo para poder comparar las distancias de las cosas y las correspondientes longitudes que debe construir.

### *Maduración funcional y estructura de las cosas*

De modo que la acción sobre el mundo exterior no sólo está hecha de sensaciones y de movimientos. A ello se superponen estructuras que se ordenan en conjuntos cuya complejidad y cuya comprensión aumentan con las sucesivas etapas del desarrollo. Van unidas a una maduración progresiva de la actividad mental. El ejercicio no puede suplirla. Un niño no saca provecho de los ejemplos, no comprende las sugerencias, no se acuerda de los logros ocasionales que corresponden a tareas que rebasan su edad. En la base de las estructuras que es capaz de asimilar mentalmente hay la aptitud para poder ordenar las relaciones del espacio. En distintos grados de sublimación, esa actitud será la condición del lenguaje y de las operaciones discursivas y clasificatorias del pensamiento.